

frase del profeta Rey, hace estremecer los desiertos de Cades, desarraiga las encinas del Basan, parte los peñascos, y troncha los mas encumbrados cedros del Líbano. No es esta una ficcion, señores, no es una simple alegoría. Antonio dirige sus palabras á veinte y dos hombres foragidos, y sus corazones no pueden sustraerse á la fuerza irresistible de la verdad; lloran, se arrepienten y hacen penitencia. Antonio predica á todas las clases de la sociedad: á los reyes, á los ministros, á los sabios, á los opulentos; y á su voz, semejante á una espada de dos filos que penetra hasta las medulas del corazon, el opulento abandona el lujo y la esplendidez, y abraza la modestia y la sobriedad; los sabios deponen su orgullosa hinchazon, y se hacen ignorantes por Jesucristo, no queriendo saber otra ciencia que la de la cruz; el magnate detesta sus injusticias, obra con rectitud, y juzga á los pueblos con equidad; el monarca en fin dobla su cerviz ante el rey de los reyes, protege la religion, acata sus preceptos y se hace la norma de sus vasallos.

Su espíritu está por todas partes. ¿Visteis un relámpago que saliendo del oriente se dirige al occidente, retrocede, gira, forma círculos, desaparece, vuelve á brillar, dejando por doquiera vestigios de su rápido curso? Pues no de otro modo Antonio recorre las provincias y ciudades, el Genovesado, el Ferrarés, el Milanesado; ya está en Bretaña, ya en Langüedoc, ahora en Venecia, luego en Florencia. Las plazas le sirven de templo: por todas partes le siguen multitud prodigiosa de hombres, mujeres, niños, de toda condicion, de todos estados. Creeriais ver al Salvador seguido de las turbas en el desierto, y por lo mas escarpado de las montañas. Todo el mundo va en pos de él, trasnochando, velando, no toman reposo, esperando con avidez la hora de escuchar á este hombre evangélico. ¿Qué extraño pues, señores, que Dios compensase sus tareas apostólicas con los mas opimos frutos de justicia y santidad? Viérais por todas partes Magdalenas penitentes abandonar sus extravíos y licenciosidades; Levies codiciosos detestar sus tráficos ilícitos y restituir lo mal adquirido; Jonás dormidos despertar del profundo letargo del crimen en que yacían sumidos; en una palabra: fugarse el vicio, reinar la virtud, triunfar el Evangelio! Viérais..... pero señores, ¿qué es lo que pretendo? Seria interminable si quisiese individualizar los efectos maravillosos de la predicacion de este nuevo apóstol. Tampoco intentaré

entrar en el detalle de los inauditos prodigios con que el cielo ilustró su ministerio sagrado; recopilaré no obstante algunos. Si predica en Padua, su voz es escuchada á dos millas de distancia de la ciudad. Si un hombre con el impío designio de burlarse de sus milagros se finge ciego, en su misma maldad halla el castigo, quedándose instantáneamente privado de la vista. Si un soldado se rie de sus maravillas, en una asquerosa lepra halla el infeliz la condigna recompensa de su incredulidad. Si hombres malvados acechan á un sacerdote para asesinarle, Antonio sale al encuentro, y diciendo: «Yo soy Antonio,» caen por tierra despavoridos, como á la voz del Salvador cayó un dia la turba deicida. En suma, la muerte, los elementos, Satanas, los hombres, los peñascos, la naturaleza, todo obedece á la voz de Antonio: verificándose en él á cada paso las promesas que Jesucristo hiciera á sus enviados cuando les confió la sublime mision de evangelizar al universo.

Ni penséis, católicos, que las tareas apostólicas de nuestro héroe fuesen un obstáculo al ejercicio de las demas virtudes. No, su heroísmo no tiene igual. La fe de Abraham, la esperanza de Jacob, la caridad de Eliseo, la castidad de José, la fidelidad de Tobías, el zelo de Finees, todas las grandes acciones de los héroes de ambos Testamentos se ven retratadas al vivo en este ilustre portugües. Tampoco escaseó el Señor con su siervo aquellos rasgos de familiaridad con que honrara en otro tiempo á los antiguos patriarcas. Abraham fué llamado por el gran Tertuliano familiar divino, porque alguna vez mereció que el Señor le hablase entre sombras, como en el Sinai, ó en medio de truenos y relámpagos como en Oreb; Antonio es mas acreedor á este dictado. ¡Habla tú, monte Alberno, y cuéntanos los prodigios de que fuiste testigo. ¡Cuántas veces resplandeciste con el reflejo de los espíritus bienaventurados, que venian á visitar al ilustre morador de tus yermas soledades! ¡Cuántas veces oíste la voz de los querubines con quienes Antonio desahogaba los incendios de su amor! ¡Cuántas veces... ¿podré decirlo? Sí, cuántas veces el divino niño Jesus se dignó venir á los brazos de Antonio, y este le estrechó en su regazo, le acarició con ternura, conversó con él amigablemente, y.... ¡lenguas angélicas debieran sustituir á mi lengua impura y balbuciente para describir esta escena! Jesus, ante quien se arrodillan el cielo, la tierra y los abismos, en los brazos de un hom-

bre! Calla Jacob; enmudece Noé; no hables Abrahan; vuestras glorias quedan oscurecidas en presencia de la gloria de este hombre único y sin par. Tampoco Antonio hace la menor mencion de estos prodigios: él observa el mas profundo silencio. ¿Mas de qué sirve que el hombre se humille, si Dios se empeña en ensalzarle? En vano enmudece nuestro héroe. Dios habla, y el mundo todo es testigo de sus grandezas. *In medio populi sui exallabitur et in plenitudine sancta admirabitur.*

Todavía la religion llama á la lid á este celoso paduano. La fe sacrosanta combatida por sus encarnizados enemigos, implora los auxilios de este ilustre defensor. Antonio oye su voz, y cual atleta vigoroso, se lanza á la arena para luchar contra el hórrido monstruo del error. Hallábase á la sazón la Francia inundada de protervos herejes, que cual langostas del abismo esterilizaban la fe en sus mismas raíces, millares de raposas demolian la viña del Dios de Sabaot. ¿Cómo pues podria permanecer apático el espíritu ferviente del que habia sido elegido por Dios para ser el martillo de la herejía? Ah! no es posible: ántes bien cual nube de fuego que atraviesa una y otra montaña, las abrasa y reduce las selvas á cenizas, como se expresa el Salmista, así Antonio trepando los Alpes, vuela de ciudad en ciudad persiguiendo vivamente á los malvados; pulveriza sus errores, desengaña á los incautos, y pone en el mas luminoso grado de evidencia las verdades y dogmas de nuestra santa religion.

¿Niega el impió Guialdo la real presencia de Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía? Antonio como Boanerges hijo del trueno, chispea, aturde, confunde al protervo sacramentario. ¿Es necesario un prodigio para completar su conversion? Presenta á una mula una hostia consagrada; el irracional abandona el pesebre, y adora al Dios de todas las criaturas: el hereje sucumbe á la verdad y la abraza; la verdad triunfa, y sus triunfos se extienden donde quiera que Antonio la defiende. Tolosa, Rimini, Milan, ven renacer en su recinto la antigua fe: y los herejes que inundaban sus estados, dóciles á las persuasiones de este hombre prodigioso, adoran á Dios en espíritu y en verdad.

Desprecia Bombilio la doctrina de Antonio? Antonio se dirige á las riberas del mar, convoca á los peces, les habla del reino de Dios; los peces escuchan su voz, reciben su bendicion, se

ausentan, y el orgulloso filósofo tributa el mas humilde obsequio á las verdades que las criaturas irracionales acatan y veneran.

En vano la herejía despechada tiende redes á la preciosa vida del ángel de Padua: la prediccion del Salvador sobre sus apóstoles se verifica al pié de la letra en la persona de Antonio; y las espadas, y el veneno, y las serpientes ponzoñosas, y todo cuanto inventan para su exterminio cede en mayor gloria de su Dios y confusion de sus émulos.

Cerremos, señores, el elogio de nuestro héroe con el triunfo que consiguió contra el tirano de Verona. Mi imaginacion no puede sufrir la idea espantosa que ofrece desde luego el nombre del cruel Exelino; llénase mi alma de estremecimiento al contemplar el horrible espectáculo que diera en sus dias aquel hombre, comparable solamente á la hidra formidable de siete cabezas que vió en Patmos el discípulo amado. Al ver las calles y plazas regadas de sangre, cubiertas con los cadáveres de once mil paduanos degollados ante las aras de la mas feroz inhumanidad; al contemplar el luto, las lágrimas, la consternacion que reina en las ciudades por donde fija el pié ese monstruo de crueldad; cuando á do quier que tiendo la vista no hallo sino lágrimas, sangre, exterminio, quejidos, tristes ayes.... mi corazón angustiado busca un momento de reposo. Gran Dios! ¿Hasta cuándo llorará la tierra por la maldad de los que habitan en ella? ¿No habrá un Samuel que se atreva á presentarse á ese protervo príncipe y darle en rostro con sus maldades? ¿No habrá un Moises que vaya á ese Faraon y le diga de parte de Dios: da libertad á mi pueblo, cesa de oprimirle, porque yo soy quien te lo mando y mi nombre terrible es Adonai? No habrá?... Sí, católicos, aquel Señor que en los dias de Atila, rey de los Hunos, y llamado por antonomasia el azote de Dios, supo oponer al torrente devastador de sus maldades al gran Leon; aquel que suscitó al gran Bernardo contra las injusticias y atrocidades del duque de Aquitania; aquel en fin, que á la arrogancia de todo un Teodosio, supo oponer la firmeza de un Ambrosio, sabrá tambien suscitar un nuevo héroe, que oponiéndose á la ferocidad de Exelino, triunfe victoriosamente de él, ataje su brío, holle su soberbia, calme su cólera y le haga retroceder. Y quién será este? Ah! el apóstol de la Italia. En efecto, Antonio lleno del espíritu de fortaleza, atraviesa el ejér-

cito del tirano, se presenta á él, y con voz enérgica le da en rostro con sus maldades, le amenaza con la cólera del cielo, y le anuncia castigos horrorosos si no cesa de perseguir á la iglesia y de manchar sus manos en la sangre de tantas víctimas inocentes. Á estas palabras, Exelino se estremece, se conturba, tiembla mucho mas que Acab en presencia de Elías; hubiérais creído ver al procónsul Sergio escuchando la voz aterradora de Pablo, ó á un David ante el profeta Natan. Así fué, el cruel tirano no puede resistirse al oír el eco aterrador de Antonio; póstrase á sus piés; implora clemencia; promete satisfaccion; la da en efecto; Jesucristo vence en Antonio cuando este triunfa de Exelino.

Con igual vigor y santo celo venga los derechos de su religion seráfica contra la relajacion que se introdujera, merced al descuido y perversos ejemplos de uno de sus superiores. En vano este gana breves apostólicos subrepticamente. Antonio descubre sus fraudes, insta, aconseja, reprende. Ármanse contra él los partidarios de la relajacion; le hollan, le desprecian, le insultan, le castigan; empero ni las prisiones, ni los grillos son suficientes para contener su celo. Corre á Roma; habla al sucesor de Pedro; la voz de la verdad es muy poderosa; el sumo pontífice examina con detenimiento el asunto; Fray Elías, convencido de crimen, es depuesto del generalato, y Antonio tiene el indecible consuelo de ver la verdad victoriosa y la observancia regular en toda su pureza y esplendor.

Ya se acerca el momento en que este héroe esclarecido vaya á unirse con su Dios en la mansion celeste. Las señales de su apostolado multiplicanse de dia en dia, y tanto mas radiante se manifiesta este sol, cuanto con mas rapidez se apresura á su ocaso. Aquí da vista á los ciegos; allí sana á los tullidos; ya detiene el furor de las aguas: ya amansa el furor de los vientos; ahora arranca multitud de víctimas de las fauces del sepulcro; luego lanza los malignos espíritus. Si su padre es condenado injustamente á perecer en un cadalso, Antonio se multiplica, se biloca, vuela de Padua á Lisboa, resucita un muerto que testifique la inocencia de su padre, le libra de la muerte y vuelve á Padua con la misma agilidad de un bienaventurado. Mas á dónde voy? Pretender numerar los prodigios de Antonio, seria un proyecto tan vano como el querer contar las estrellas del cielo. ¿Y pensais cesaron con la muerte de este Taumaturgo? No;

Antonio espira y desde aquel momento su sepulcro es una piscina saludable para toda clase de dolencias. No hay estado, no hay condicion, no hay sexo que no acuda á él con santa avidéz á implorar su proteccion; los grandes, los pequeños, los ricos, los pobres, todos se postran en su presencia; y las púrpuras, y las coronas, y los cetros, y las tiaras hincan la rodilla ante los altares de este ilustre paduano. No ha pasado todavía un mes despues de su muerte, y ya las ciudades todas piden con santo entusiasmo su beatificacion. Y en efecto, á los once meses el sumo pontífice Gregorio IX escribe su nombre en el catálogo de los santos. Qué prodigio! Los pueblos se disputan el honor de poseer sus reliquias; su sagrada lengua permanece fresca é incorruptible, y obra multitud de maravillas. De las regiones mas remotas vienen con avidéz á su sepulcro el aleman, el húngaro, el frances, el español, el moscovita. Toda la tierra publica sus alabanzas; verificándose en él el oráculo del Espíritu santo: será ensalzado en medio de su pueblo, y admirado en la plena congregacion de los santos: *in medio populi sui exaltabitur et in plenitudine sancta admirabitur.*

Oh insigne Antonio! Goza en buen hora de la gloria que te merecieron tus virtudes y hechos portentosos; pero no dejes de mirar con ojos afectuosos á cuantos en esta tierra de quebranto imploran tu proteccion poderosa. Ruega sin cesar por la santa iglesia, cuyos derechos con tanto denuedo defendiste. Protege desde el cielo la religion católica que en la tierra con celo tan ardiente propagaste. Consíguenos la gracia de imitar tus ejemplos heróicos, para que nos hagamos acreedores á disfrutar un dia en tu compañía de la bienaventuranza, que el Señor tiene prometida á sus escogidos en las eternas mansiones de la gloria.